

¡Cómo pesan los recuerdos!

Julio Jesús Cubría Peregrino

Ese es el río Omaña, señala mi primo Julio Iglesias Cubría y agrega: -“En sus aguas limpias y puras se bañaba tu padre junto a otros familiares incluyendo a mi madre. La casa donde nacieron nuestros padres es aquella que ves allí, entre aquellos árboles”. Mientras hablaba iba señalando los lugares a los que se refería. De esa manera me iba introduciendo en el conocimiento de la infancia de mi padre aprovechando para ello el viaje a León que en el 2013 realicé gracias al *Programa Añoranza*. En la habitación del hotel donde me hospedaba, allí a solas, venían a mi mente los recuerdos de mis padres, sus anécdotas, vivencias y las experiencias en mi infancia y adolescencia que me fueron trasladando. ¡Cómo pesan los recuerdos! Venían a mi mente uno tras otro. Mi madre preocupada le preguntaba: -“Pepe, Pepe, ¿dónde estarán los niños? Llueve muy fuerte, el ruido es intenso”.

La casa donde habitan con sus tres hijos es muy similar a las otras del reparto Martínez, aldeaño al central: paredes y piso de madera, techo de zinc que al choque de la lluvia produce un ruido fuerte, característico, e invita a dormir. La casa está ubicada en un área de aproximadamente media hectárea. Al frente de ella, una frondosa mata de almendras cuyos frutos los niños comen, y un jardín sembrado de flores diversas que dan un grato aroma y bello aspecto al entorno. Entre las flores pululan abejas, cigarras, zonzunes¹, otros pajaritos y sobre todo mariposas, con gran variedad de colores. Al fondo y a los flancos,

¹ En Cuba, una especie de colibrí. (N.E.)

frutales: mango verdín, corazón y mamey, guanábana, coco, toronja, ciruela, naranja, mandarina, granada. La casa tiene portal, sala, tres dormitorios, cocina, comedor, letrina (a unos cincuenta metros). No hay agua corriente, sino un pozo artesiano. Tampoco luz eléctrica, solo lámparas de kerosene. Una radio de baterías donde se oyen noticias, novelas y aventuras que son el pasatiempo nocturno de la familia. Los momentos estelares: el programa del detective chino Fu Manchú, *Los tres Villalobos* y *Leonardo Moncada*². Amueblada humildemente, en la sala un sofá y dos balances de madera, en la cocina una mesa con cuatro taburetes de cuero, las camas muy rústicas. En el cuarto principal se destaca un armario también de madera. Fuera de la casa, conformando un mundo polícromo y bullanguero: gallinas, gallos, patos, todos con sus respectivas crías. En este ambiente han crecido sus hijos. Subiendo árboles, comiendo sus frutos, jugando a los escondidos, trompo, quimbumbia, pelota, con sus vecinos formando parte de un medio sano, sin pensar en el futuro, silvestres como las plantas y los animales, tímidos y desconfiados ante lo desconocido. Así se criaron, con el alimento y la ropa imprescindibles, bajo la tierna mirada de los padres, centrada la esperanza en que el futuro no depare a sus muchachos las vicisitudes que les tocó vivir a ellos. La lluvia continúa, se repite la pregunta “¿dónde estarán los niños?”.

“Fueron a casa de tu hermana Néstar, lo más probable es que se estén bañando bajo el aguacero. Bien sabes que eso les encanta, responde Pepe”.

Mientras los padres se preocupan, los niños y amigos, efectivamente, juegan bajo la lluvia, se imaginan y forman diques, represan el agua, la desvían a otros sitios, hacen figuras y pelotas de fango que se tiran unos a otros. Se ensucian todo lo que pueden, se divierten, ríen, están felices. Bañarse bajo un aguacero y jugar en este, es uno de los divertimentos más placenteros que los niños disfrutaban. Quien no lo ha experimentado no podría imaginarlo ni comprenderlo jamás. Cuando cesa la lluvia, la mezcla del barro y el agua les ha ensuciado toda la ropa.

² Seriales radiofónicos emitidos en Cuba en los años 40 del pasado siglo, muy populares. (N.E.)

Las horas han pasado sin que se hayan percatado, está oscureciendo, viene la preocupación, hay que regresar a casa. ¿Qué dirán los padres? Sobre todo la madre, que es más severa.

-“Cachita, ¡regañaste muy fuerte a los niños!”, dice el padre.

-“Sí, los castigué, fue mucho el tiempo que estuvieron debajo de ese diluvio, puede hacerles daño. ¿Te imaginas si se enferman cómo la vamos a pasar?”.

La situación en el país en general es crítica. La configuración del Central Francisco donde viven es similar a la de otras tantas pequeñas poblaciones que deben su existencia a la caña de azúcar.

En 1899 el grupo fundado por el español Manuel Rionda levantó el Central Francisco en la provincia de Camagüey, bajo la dirección de la empresa norteamericana Francisco Sugar Company. El punto esencial de esta región es el central, alrededor del cual gira la vida económica, política y social del territorio. En la fábrica trabaja el grueso de los obreros. Las locomotoras trasladan la caña al central desde las colonias colindantes, propiedad de grandes y pequeños colonos donde los macheteros y obreros agrícolas trabajan. Muchos son haitianos o hijos de estos nacidos en Cuba. Las condiciones de vida son pésimas. El central está enclavado en el llamado batey³. Conforman la parte más activa de la población. Allí radica la tienda, donde los trabajadores se empeñan en el tiempo muerto; un cine, la farmacia, la escuela primaria, el hospital, sendos clubes, uno para blancos, otro para negros, cuatro o cinco calles principales, un pequeño parque. Las mejores casas están habitadas por los “americanos”, el administrador del central y las otras familias de mayores recursos, según la categoría de sus empleos. Luego vienen los barrios más cercanos: “Los Mangos”, “La Estancia”, “El Uno”, el reparto “Martínez”, “La Aurora”, “La Carretera”, y, más alejadas, las colonias, como “Sitio Viejo”, todos pequeños poblados cuya vida gira alrededor de los campos de caña y la actividad agrícola rudimentaria.

³ Poblado; lugar ocupado por las casas de vivienda, calderas, barracones, almacenes en los ingenios y demás fincas de campo de las Antillas. (N.E.)

En el período de la zafra azucarera el central toma vida, ruge, muele, bota humo constantemente y con esto el bagacillo, que es el residuo del bagazo utilizado como energía, se traslada a varios kilómetros de distancia penetrando por puertas y ventanas, por cualquier rendija. La comida se llena de bagacillo, la ropa y el cuerpo de las personas se llenan de este hollín. Para donde bata el aire, hacia allá va el bagacillo como una maldición. Los que tienen recursos lo esquivan con aditamentos en puertas y ventanas. La cercanía al central alivia, de cierta manera, el aguacero de tizne. El resto del pueblo no tiene posibilidades de escapar. Además de ensuciar la ropa y cuanto alcanza a su alrededor, penetra por las fosas nasales a los pulmones, cae también en los ojos. Este período, que dura de tres a cuatro meses, es el esperado, año tras año, por la población. Es la forma de lograr algún dinero, mejorar un poco la situación, hay trabajo, el central se activa, rugen y pitan con un sonido característico las locomotoras. Se crea un ambiente de cierta prosperidad, de esperanza. Cuando llega el tiempo muerto (que es la mayoría del año), el semblante cambia, la desesperanza abunda, solo hay trabajo eventualmente para unos pocos. Vuelven a acumularse las deudas; en la tienda del central, en la bodega del gallego, que a mucho refunfuñar da un crédito sobre la base de lo que ganarán en la próxima zafra, pagas y vuelve el mismo ciclo, siempre endeudado. La miseria es grande, la población en general en estado deprimente, hambre, malnutrición, enfermedades, falta de hospitales y pocas posibilidades de acceso a estos y a la medicina. Estas son las preocupaciones de la madre, que continúa ensimismada en sus pensamientos:

-“Apenas tenemos dinero para la comida y la ropa. ¿Cómo pagar un médico y comprar las medicinas? Sería terrible que se nos enfermaran los muchachos. Se acerca la Navidad, el fin de año, el día de los Reyes. Cada año nos va peor. Siento una tristeza muy grande, ni siquiera un juguete vamos a poder comprar a nuestros hijos”.

Mientras esta conversación tiene lugar, se escucha por la radio la canción de moda: Benny Moré, el *Bárbaro del Ritmo*, canta “Francisco Guayabal, / qué bueno está, / Francisco Guayabal...”, y después el locutor comienza a transmitir los resultados del sorteo de la Lotería

Nacional, que se está llevando a cabo en la segunda semana de diciembre de 1949, y da a conocer los números ganadores con el tercero, segundo y primer premio.

El locutor canta: -“34550 premiado en 25.000 pesos / 34550 premiado en 25.000 pesos / Tercer premio. 94865 premiado en 50.000 pesos. / 94865 premiado en 50.000 pesos / Segundo premio / 36731 premiado en 100.000 pesos / 36731 premiado en 100.000 pesos / Primer premio...”.

Repite: -“El Premio Gordo es el 36731: tres, seis, siete, tres, uno. 36731 premiado en 100.000 pesos”.

-“Calla Cacha, no oí bien cuál es el número ganador”.

-“36731, premiado en 100.000 pesos”, repite el locutor.

Pepe da un brinco en la cama, abre sus ojos enormemente, se acerca a la radio con un nerviosismo muy grande. 36731, tres, seis, siete, tres, uno, premiado en 100.000 pesos.

-“Ese es mi número, ese es mi número”, grita loco de alegría, “Cacha, ese es mi número”.

Busca el pantalón que está tirado en uno de los taburetes, lo registra y saca las treinta fracciones de billetes de la lotería, los revisa uno a uno y expresa: -“Somos ricos. Nos hemos sacado 30 mil pesos”.

Cacha se levanta y como loca corre hacia la cerca que la separa de su vecina más cercana: -“Amelia, Amelia, Pepe se sacó la lotería”.

Y Amelia entonces dice: -“La Virgen de la Caridad te oyó. Ahora mismo le enciendo una vela para ver si me toca el premio gordo a mí también”.

Los niños no atinan a comprender, pero la alegría que reflejan sus padres los contagia, y hablaban sin parar, brincaban, cantaban. La noticia corrió como pólvora por toda la comunidad, en la barbería, tienda, calles, bares, en el central, los amigos felicitaban a Pepe, muchos pensando que la posibilidad de la suerte también podría llegar a ellos. Durante días la noticia más importante fue esa, llegó hasta la directiva del *Club de los Blancos*, analizaron el acontecimiento, la importancia que la familia adquiriría para la vida social del central era de un peso muy alto, por tanto no se podía perder esa oportunidad y una invitación de

inmediato fue cursada para que Pepe y su familia pasaran a formar parte de esa institución tan prestigiosa. *El Club de los Blancos* estaba ubicado en una amplia casa de mampostería y de este eran miembros las personas de la raza blanca con determinada posición económica, incluyendo sus familiares. Sus principales figuras eran el administrador del central, el directivo del Banco, algunos trabajadores de la oficina del ingenio, los médicos, el farmacéutico, el maestro, algunos colonos y dueños de tienda y el cura del pueblo. Mientras la invitación venía en camino, Pepe y Cacha hacían planes. En realidad no estaban preparados para asimilar el golpe de suerte que les había tocado. Espontáneamente brotó la gratitud para quién vendió el billete. Se le regalaría una fracción y así podría contar con 1.000 pesos. Esto le aligeraría la carga que le daba la vida. Para el compadre y paisano Antonio, su mejor amigo, con quien habían compartido tantos problemas y dificultades, seis fracciones de billete, monto con el que podría emprender el negocio que tanto había deseado: comprar un carretón, varios mulos y dedicarse a la venta de carbón. La idea de volver a España, exitosos, no podía esperar, ¡hacía tantos años que habían dejado el terruño!

-“Podré ver nuevamente a mi madre, hermanos y hermanas y demás familiares”, decía Pepe. En el momento que se hacían estas reflexiones, llegó un mensajero con la carta de invitación.

-“¿Cacha, qué dice esa carta? ¿De quién es?”.

-“Es del club del central, dice que sería un honor que te hicieras miembro del Club”.

Pepe quedó pensativo, reflexionó: -“¿Cuántas veces he pasado por ese lugar? Siempre me han mirado como un ser inferior, pareciera como si la pobreza apestara y te mantienen a distancia. Mis amigos, con quienes he compartido buenos y malos momentos, no resisten ese club y no podrían entrar a menos que se sacaran la lotería igual que yo. ¿Qué pensarán cuando me vean jugando dominó ahí? ¿Qué dirán de mí?”. Y como si se lo estuviera diciendo a la Directiva del Club, dijo en voz alta: -“Qué se vayan a la porra, ahí no entro”.

Y salió caminando deprisa en busca de su amigo Antonio, quien se encontraba en el reparto “Los Mangos”. Antonio, un hombre fuerte,

emigrante también de origen español, paisano de Pepe, casado con la hermana de Cacha, era su mejor amigo, con él quería discutir sus planes. Le contó sus deseos de viajar a España, no entraría en el club, y luego que detallaran y discutieran acerca de los planes, le dio los seis pedazos de billetes. Antonio le dijo: -“No jodas hombre, esto es más de lo que yo necesito, vamos a celebrar”.

Se dirigieron al bar y allí estuvieron hasta que llegó la noche. Después de habilitarse de lo necesario, la familia se trasladó a La Habana para emprender el viaje. Al llegar a la capital, el asombro de quienes nunca habían salido de aquel humilde y lejano lugar era grande. Cantidad de personas que caminaban por las aceras, ómnibus, autos, vendedores en cada una de las esquinas, anuncios, luces. Controlados muy cercanamente por los padres que temían algún accidente, los niños se sentían como amarrados. Aquella ropa que nunca antes habían usado, el peligro de las calles, todo les era ajeno.

Al más pequeño el ruido de las bocinas de los autos lo asustaron y corrió para cruzar la calle y un auto le dio un leve golpe lanzándolo al pavimento. Antonio, como loco, y gritando expresiones fuertes: “puta de tu madre (...) me cago en el corazón de la virgen”, sacó al chofer del auto y le propinó un fuerte puñetazo tirándolo al piso. La gente lo aguantaba e intentaba calmarlo, pero Antonio quería seguir golpeando. Afortunadamente el accidente solo le provocó al niño leves rasguños. El más lesionado resultó ser el desafortunado chofer.

En el hotel, se siente un olor característico procedente de la refinería cercana, es el olor a gas, mezclado con el salitre. Al día siguiente la familia se traslada al aeropuerto: el vuelo sale en horas de la mañana. El aparato, un avión Britannia, cuatro motores, de hélices, cuyo nombre, *Estrella de Cuba*, será el encargado de hacer la travesía, hará escala en las Islas Azores antes de llegar a su destino final, Madrid. Ya en pleno vuelo, con el suave ronronear de los motores, Pepe, dulcemente, toma la mano de Cacha, cierra los ojos, y deja correr sus pensamientos, hasta remontarse años atrás.

En su aldea natal, El Castillo, situada en el kilómetro 52 de la carretera que sale de León y llega a Villablino, recuerda su casa de piedra,

rústica, su pueblo pequeño, rodeado de verdes montes y praderas. El río Omaña, que toma su nombre de la comarca que cruza, sus aguas cristalinas y frías donde habitan las truchas que nadando divertidamente, van a parar a los anzuelos de diestros aldeanos convertidos en habilidosos pescadores, que conocen mejor que nadie el comportamiento de las truchas. Su padre, Esteban, de estatura mediana, fuerte. La situación económica le hizo emigrar a la Argentina y lo llevó a él cuando tenía diez años. Allí estuvieron cuatro o cinco años. De aquel viaje sacaron malas experiencias y tuvieron que regresar.

De nuevo a trabajar en la fragua, como ayudante de herrero. Machacando hierro ardiente, cosa peligrosa que ponía en el más alto nivel el genio de su padre quien por cualquier descuido, error, o pieza que saliera mal, le gritaba y sin querer, humillaba. Hombre bueno y sencillo cuando se enfadaba se transformaba, ofendía y decía palabras demasiado fuertes y hería el orgullo juvenil ¿Cómo su padre había aprendido el oficio de moldear el hierro a través del fuego? ¿Por qué ese escudo de armas en azul, con una cruz de oro que guardaba con tanto celo en el baúl? Oh, la historia... Sus antepasados en el siglo XVII, provenientes de Flandes, se habían establecido en Santander. ¿Qué habría sido de ellos? Si la historia contara:

-“Majestad ¿Se ha puesto a pensar los comentarios que suscitará en la Corte la decisión que usted piensa tomar?”, pregunta el Consejero al rey Felipe VII⁴. El Rey reflexiona y dice:

-“La costumbre genera las tradiciones. Las normas no hacen compatible el trabajo manual con la nobleza de sangre; es la tradición, según la época en la que nos ha tocado vivir, pero si no fuese por familias como estas que han prestado sus servicios como operarios en las Reales Fábricas de Artillería de La Cavada, Santa Bárbara y Liérganes, hoy no existiría esa nobleza, en gran parte se debe a ellas su existencia.

⁴ La referencia al monarca español es errónea; el autor debe referirse a Felipe V, rey que, en 1710 otorga el denominado Fuero de Artillería, jurisdicción separada para los operarios de las reales fábricas de armas y que implicaba para aquellos, la consideración social de hidalgos. (N.E.)

La artillería que hoy defiende a la gran España, lo cual la hace invencible, es el resultado del esfuerzo, habilidad y dedicación de estas familias. Por ello, no habrá fuerza, ni mucho menos comentarios banales que impidan que por Real Cédula se les conceda privilegios de hidalguía para ellos, sus hijos y descendientes y su escudo de armas que sea en azur con una cruz de oro. Ay de aquel que ose cuestionar esta decisión, pues demostraría una gran ingratitud hacia aquellos que lo han dado todo por la sobrevivencia del poderío de nuestra Patria”.

Oh, sí, de sus antepasados le venían las cualidades a su padre, por ello contaba con tanta facilidad, daba la forma que deseaba al metal y cual artista lo transformaba, no en cañones, sino en instrumentos de trabajo para las labores agrícolas.

Los aldeanos trasladándose al campo, cultivan la vid. Las mujeres con porrones en sus cabezas van al manantial a buscar agua. La nieve, el frío que cala los huesos, sobre todo cuando no hay el alimento necesario. La desesperanza es todo lo que el futuro le depara, se marchita la juventud, el tiempo pasa, no hay porvenir. Estamos en 1915, cumple diecisiete años. Está llegando a la edad del servicio militar, en cualquier momento pueden llamarlo a filas, enviarlo a un punto lejano, desconocido, por tanto no queda alternativa y toma la decisión:

-“Madre, marchó hacia Cuba, a buscar fortuna, otros horizontes. Allá me abriré paso, se encuentra trabajo fácil, acumularé un capital y regresaré en unos años. Aquí no se puede vivir, no hay esperanzas”.

Su madre, Antera María, con el llanto en los ojos lo mira y piensa, ¡cuánto desearía impedir ese viaje! Las cosas no son tan fáciles como su hijo imagina. Quién sabe si volvería a verlo.

-“Tendría que hacer lo que otros -sigue diciendo Pepe-, ir a un seminario y estudiar sacerdocio buscando una salida, pero no tengo vocación para ello”.

La madre lo mira con ternura y con un nudo en la garganta, aguantando las lágrimas prestas a brotar, y con un dolor profundo que solo una madre puede entender, abraza a su hijo, le da un beso, su anuencia y el dinero necesario para que efectúe el viaje. Antera María ve alejarse el carretón tirado por mulos. Su hijo Pepe, con su ropa descolorida,

su boina y alpargatas y una pequeña caja donde lleva sus pertenencias, cosas que han recogido para él, se marcha rumbo a León, luego tomará un tren hacia Vigo, aquella ciudad de origen romano, destruida en el 937 por Almanzor y repoblada en 1170 por Fernando II, convertida en un puerto pesquero de importancia y donde tomará el barco que lo llevaría a La Habana.

El olor a salitre, a pescado, se introduce en todas las partes de su cuerpo. Sentado en el suelo junto a otros jóvenes que seguirán su mismo destino, fuma un cigarrillo. Está nervioso y ansioso de empezar el viaje. En cuanto llegue a tierra cubana cambiará su suerte, encontrará trabajo, acumulará una pequeña fortuna y regresará a su terruño natal como un triunfador. No es mucho pedir a la vida, son sus sueños de juventud, otros esperan más. Cuando regrese, piensa, Vigo se habrá transformado, el pescado será hecho conservas en las industrias que se instalarán y quizás se construya un edificio majestuoso con figura de buque en la propia bahía donde los visitantes, y sobre todo las parejas, podrán disfrutar, y divertirse: comer, beber, bailar, cantar.

La sirena del *Monte Ayala* inunda el ambiente, llaman a abordar. Han terminado de cargar las mercancías y enseres, la carga principal, ahora toca el turno a los pasajeros quienes lentamente, uno a uno, después de ser revisados sus boletos de abordaje, van subiendo a la cubierta del barco a través de las pasarelas. Después de los viajeros que tienen boletos de primera clase y se ubican en el primer piso, el más cómodo, subirán los de segunda y tercera categoría que es donde se encuentra él. Arrancan los motores, se eleva el ancla, se desatan los cabos, enfila la proa del barco hacia el horizonte, allá donde se une el cielo con el mar. Comienza a navegar el gigantesco buque. Poco a poco va quedando atrás la tierra y los seres más queridos. Las costas cada vez más distantes, hasta que desaparecen. Solo se ve agua, inmensas cantidades de agua, sol durante el día, nubes o un cielo azul, oscuridad en la noche. Aquel barco que parecía un gigante cuando fue abordado en el puerto, ahora ante la inmensidad y la fuerza del mar parece un elemento insignificante, bamboleado y a merced de las olas como si fuera un pequeño papel.

¿Qué profundidad, qué grandeza, qué misterios guardarán sus fondos, que débiles somos ante tanta potencia, cuánto nos falta por saber,

por conocer de nosotros mismos, de los elementos que nos rodean? ¡Qué valor el de aquellos pioneros que se abalanzaron sobre estos mares, qué decisión, qué confianza en sus juicios, qué convicción, qué fuerza tan grande los impulsó! Descubrieron nuevas tierras, la historia los puso en un lugar cimero.

-“No aspiro a tanto, solo a encontrar una vida feliz”.

Pasaron los días. Unos treinta. No pasó muy mal el viaje pues el encuentro casual de aquellos papeles que eran del Capitán, quien agradecidamente y habiéndole tomado aprecio le propuso que durante la travesía lo apoyara en algunas tareas, le permitió contar con mejores condiciones de alojamiento y comida que la de sus paisanos de tercera clase. Empieza a correr el rumor de que al día siguiente se arribará a las costas de Cuba y que en horas de la noche anclarán en el puerto de La Habana. El corazón palpita. Lo usual, temer a lo desconocido, a lo que nos espera. El dinero es escaso. ¿Qué rumbo tomará su vida de ahora en adelante? ¿Qué pensarían aquellos primeros navegantes cuando Rodrigo de Triana gritó desde lo alto “Tierra a la vista”? ¿Temerían también a lo desconocido? Ellos fueron afortunados pues al pisar aquella tierra Colón dijo que era la tierra más hermosa que ojos humanos habían visto y se llenaron de gloria.

A las ocho de la noche arribó el buque a la bahía de La Habana. Comenzaron a bajar los pasajeros. Papeles en regla, fuerza de trabajo barata era bien recibida, no hubo dificultades en la aduana.

-“Pepe, Pepe, despierta, están anunciando que vamos a aterrizar en Madrid...”.

-“Señores pasajeros, dentro de breves instantes aterrizaremos en el aeropuerto Barajas de la ciudad de Madrid. Cubana de Aviación les desea una feliz estancia. Favor ajustarse los cinturones y no fumar hasta que los motores de la nave no se hayan apagado”.

Era el 11 de abril de 1950. Allí estaban, ansiosos, esperando, uno de los hermanos de Pepe: Eliseo, sacerdote, y su hermana María junto a su esposo Manolo. Lo usual, abrazos, besos, expresiones de alegría al llevarse a cabo el encuentro. No podían faltar algunas lágrimas. Esa noche se pasó en Madrid. Al día siguiente fue el cumpleaños del segundo

de los niños y se picó una torta, que engulleron rápidamente. La familia quería llegar al lugar de origen lo más pronto posible, por lo que tomaron un tren hasta León y más tarde alquilaron un coche hasta El Castillo. En León se unió a la comitiva otro hermano de Pepe, Publio, también sacerdote.

El reencuentro en El Castillo fue mucho más emotivo. ¡Cuánta alegría la de aquella madre! Besaba a su hijo y a aquellos nietos cubanitos, que conocía por vez primera con mucha ternura y se desvivía en atenciones. Nevaba y el frío era intenso.

-“Esteban, antes de morir -dijo la madre con llanto en los ojos-, el último pensamiento lo dedicó a ti, hijo mío”.

Cachita temblaba de pies a cabeza. Aquella situación inesperada obligó a avivar el fuego para tratar de aliviarle el frío. Los niños, encantados y, a la vez, asombrados. Era la primera vez que veían caer la nieve y vestirse de blanco los campos. Lo comparaban con la lluvia y el fango cubano. Era muy extraño, no lo olvidarían nunca. Vecinos y amigos fueron a dar la bienvenida. A los paisanos de Pepe, amigos de la infancia, les brillaban los ojos de admiración. Uno de la aldea se había ido y había vuelto como un triunfador. Eso era todo un acontecimiento, había que celebrarlo y así espontáneamente surgió la fiesta. Bebida, comida, música y sobre todo vino abundante que brotaba de aquellas botas de cuero, cuya parte delantera se acercaba a la boca y luego con la mano izquierda apretabas en su centro y salía el chorro abundante y corría por la garganta con un sabor exquisito del vino preparado por las manos expertas de aquellos aldeanos. Un viejo amigo preguntó a Pepe si se acordaba de bailar la jota. Este que ya tenía un buen nivel de alcohol encima contestó: -“Claro, hombre, lo que bien se aprende no se olvida nunca”.

Sonaron los compases de la pieza y Pepe se dejó guiar remon-tándose a sus años mozos y bailó despertando gritos de júbilo de sus co-terráneos, pues aún mantenía la pureza española en los movimientos que aplicaba al baile.

El Castillo no había cambiado mucho. Parecía que el tiempo no hubiera pasado. Algunas nuevas edificaciones, pero las mismas casas rústicas se mantenían y la pobreza era evidente. La casa donde pernoctaban

era la primera a la derecha según se va al pueblo, distante unos seis metros de la carretera. Planta baja y piso alto. La puerta situada en el centro da paso a un corto pasillo: a sus lados hay dos puertas; una, a la derecha, da entrada a una habitación o sala de recibir; la de la izquierda da paso a la cocina, donde habitualmente se come y hay un horno para cocer el pan. Subiendo las escaleras se llega a otro pasillo con puertas a un lado y otro que dan a respectivas habitaciones con sus ventanas al frente. El pasillo tiene balcón al frente, también entre ventanas. De modo que todo el frente de la casa tiene cuatro ventanas a los lados respectivamente de la puerta y del balcón. La casa estaba montada sobre troncos de madera con un amplio espacio debajo de esta. En tiempo de frío el ganado se guarece en este sótano, especie de corral casero que además se utilizaba para realizar las labores de ordeño correspondiente. Salía la leche espumosa, exquisita. Con métodos rústicos se elaboraba queso y mantequilla.

En este ambiente bucólico los niños se sentían a sus anchas. Corrían y jugaban por el campo, muy similar a como lo hacían en el central. Hicieron amigos, jugaban a tirarse flechas unos a otros, una de estas fue a parar a la frente de un niño español, lo cual dio un poco de fama de traviosos a los cubanitos. Aquellos inmensos campos de vid, los grandes racimos de uvas que colgaban cual zarcillos de mujer, despertaban la imaginación infantil y sin hacer caso a los letreros de “uvas envenenadas”, entraban al campo y se deleitaban con las frutas. Pepe iba a diario a jugar, lo llamaban “bolos”, pelota de madera redonda que se lanzaba y rodaba por la tierra hasta una raya, a una distancia aproximada de quince metros. El que más cercano llevara la pelota a la raya era quien ganaba. El vino corría diariamente de forma abundante.

El tío Publio parecía un personaje bíblico. Alto, bonachón, se paseaba con su sotana. Tenía malas pulgas, regañaba y daba sus cocotazos de vez en cuando, pero era un hombre bueno, ¡cómo le gustaba el vino y el juego! Tal vez abrazó los hábitos no por vocación sino por razón económica, la necesidad. Luego no se deshizo de estos pues era deshacerse de un modo de vida que conlleva sacrificios, pero da estabilidad material. Los días en El Castillo pasaron volando como suele siempre

sucedier con los tiempos alegres y felices. A los niños el frío no les hacía mella, el poder de adaptación natural del ser humano, en ellos, fue espontáneo, se divertían, jugaban, no paraban nunca. Cachita no resistía, continuaba con el frío del primer día, ponía los pies tan cercanos a la estufa que prácticamente los tenía dentro de la candela y hubo ocasiones en que las chispas le quemaban las medias de lana que cubrían sus pies. Esta situación y el tiempo ya transcurrido hizo que la familia retornara a León. Allí se alojaron en la casa de María, la hermana de Pepe. Su esposo Manolo tenía una tienda de venta de madreñas (zapatos de madera con dibujos muy bellos) que se usaban entonces para evitar el agua, la humedad y estaban muy de moda en aquella época. María era una mujer de dotes extraordinarias, firme y de una gran voluntad y disposición, emprendedora. Durante la guerra civil española incursionaba en el territorio de ambos contendientes e intercambiaba productos con ellos. La situación la obligaba, pues tenía que dar de comer a sus hijos. ¿Cuántas vicisitudes, molestias y vericuetos no habrá tenido que sortear para haber sobrevivido?

León es una ciudad bella y tranquila. En particular ofrece un espectáculo de su hermosa catedral del más puro estilo gótico, la iglesia de San Isidoro –Panteón de Reyes– de estilo románico, el gran Hostal de San Marcos, que a sus visitantes más distinguidos provee sus preferencias y gustos y también están los elegantes y variados comercios, sobre todo en la calle Ordoño II. En León los muchachos practicaron el deporte nacional español, el balompié. Era común este juego y muy sencillo de practicar pues solo necesitaban una pelota, una calle o puerta cualquiera para utilizarla como portería. El balompié en España es como la pelota en Cuba, todos lo conocen y alguna vez en la vida lo han practicado. Había otros juegos un poco más peligrosos. La Catedral de León tiene vitrales que, además de su pureza artística y su hermosura, son valiosos. En la plaza de esta Catedral jugaban los cubanitos con sus dos primos, que la casualidad quiso que llevaran sus mismos nombres, Julio y José. La diferencia estribaba en que en el caso de los españoles Julio era el mayor y en el caso de los cubanos, lo era José.

Los Julios se unían contra los Josés y se caían a pedradas sin medir las consecuencias de la posible rotura de uno o más de estos vitrales, lo

que podía haber empeñado a las familias por años. Alguien fue con el cuento a los tíos españoles y cuando llegaron fueron castigados. El castigo visto a la luz moderna era un tanto exagerado. Los arrodillaron con los brazos extendidos en forma de cruz y en cada mano pusieron una de aquellas hermosas madreñas, que pesarían un aproximado de una libra cada una. A los pocos minutos comienza un dolor que se va tornando irresistible y aunque no lo quieras, no puedes resistir y el brazo baja; antes que descienda totalmente, la tía, vigilante, te daba un correa y tenías que volver a subirlo. A José, el cubanito, que era el más bellaco, le tocó la peor parte, pues lo mantuvieron un poco más de tiempo en esta posición. Este fue el único castigo que tuvieron que soportar en España, los momentos felices fueron muchos más. Promovido por la madre, un domingo en una misa pública del padre Gregorio, agustino, el tío Eliseo administró a los muchachos la primera comunión. De León la familia se trasladó a Gijón donde disfrutaron de las delicias de esta ciudad, incluyendo sus playas. Luego fueron a Valladolid.

Después de haber pasado unos siete meses en España, *La Estrella de Oriente*, un avión cuatrimotor de hélices, Britannia, similar al que los llevó, los trajo de regreso a Cuba. La noche anterior, Pepe no logró conciliar el sueño. A su lado Cacha dormía plácidamente. Pensaba sobre los días maravillosos pasados en su tierra natal, sus familiares, viejos amigos, los ruegos para que se quedara, las ofertas de trabajo. El hecho de que posiblemente no volvería más.

España viviría para siempre en su corazón, en sus recuerdos, pero él y su familia pertenecían a otro mundo, eran cubanos. Esta tierra, con su sol y las delicias de su gente lo habían cautivado y él, sencillamente, como muchos otros, se había “aplatanado”. Remontó nuevamente su pensamiento hasta su primera llegada a Cuba, cuando tenía diecisiete o dieciocho años. Recordaba que cuando dio sus documentos al oficial de Inmigración en el puerto de La Habana, como calmadamente los revisó, le miró al rostro y, finalmente, pegó el cuño y dijo jocosamente: -“Ojalá tengas suerte, galleguito, que encuentres un buen trabajo y una mulata que te ponga a gozar”.

Salió de aquel recinto y, mientras esperaba a su paisano Antonio, trató de interpretar lo que quiso decir el cubano aquel con lo de la mulata, pero no llegó a comprenderlo. Ahora sonreía socarrona y pícaramente: el tiempo se había encargado de esclarecerle el significado de aquellas palabras.

Al recordar esta anécdota sonreí: mi padre Nicolás José Cubría Bardón falleció el 2 de enero 1975 en Camagüey, provincia de Cuba. Era hombre natural, sencillo, gustaba tararear aquella canción española “Francisco Alegre, corazón mío...” y recordaba cada cierto tiempo su terruño, su gente, tal vez sin quererlo despertó en sus hijos el sentimiento hacia su tierra natal. Hoy somos miembros de la *Colonia Leonesa* y nos sentimos orgullosos de ser parte de esta asociación, porque sobre todo, nos permite de cierta manera rendirle nuestros recuerdos y homenaje a quien fue, junto a nuestra madre, nuestro creador.